

## LA FORMACIÓN DE “OYENTES” DE LA PALABRA

Fidel Oñoro

*“Lo que en buena tierra son los que, después de haber oído, conservan la palabra con corazón bueno y recto, y dan fruto con perseverancia” (Lc 8,15)*

### Planteamiento

Debo admitir que me he sentido muy inquieto antes de escribir esta intervención. Cuando uno entabla la relación entre la Biblia y la Catequesis corre dos riesgos extremos: (1) ponerse a argumentar la unión indisoluble que hay entre las dos; o (2) perderse en la diversidad de aspectos que conforman el gran abanico de esta forma particular del ministerio de la Palabra que es la catequesis.

Lo primero parece que está asumido hoy en el pensamiento de la Iglesia<sup>1</sup>, si bien en la práctica pastoral en algunos ambientes falta camino por recorrer, y lo segundo parece inabordable en el marco de este panel. Aún corriendo riesgos, si me permiten, quisiera enfocar ante todo un aspecto particular, estrechamente relacionado con el panorama de la formación actual, que planteo en una frase: **el lugar de la Biblia en la catequesis no es solamente dar los “contenidos” e indicar la “acción” sino educar en la escucha continua y responsable del Dios vivo en la historia en discipulado y misión.**

Propongo que nos detengamos en tres puntos:

- (1) Vamos a partir del evangelio, específicamente del tercero, el de Lucas, para plantear el tema del aprendizaje de la “escucha”, según la pedagogía de Jesús.
- (2) Enseguida examinamos algunos aportes sobre la educación en la “escucha”, partir de la *Dei Verbum*.
- (3) Finalmente, señalaremos algunas perspectivas.

### 1. El aprendizaje de la “escucha”, según la pedagogía de Jesús

Cuando uno lee la primera parte de la narración del ministerio de Jesús en Galilea, en el evangelio de Lucas, uno nota un giro interesante en la pedagogía del discipulado: después de su primera gran “exposición” con palabras –el Sermón de la Llanura (Lc 6,17-49)– y con obras –los tres gestos de misericordia y la lista de las acciones con las cuales responde la pregunta de Juan Bautista (Lc 7,1-50) –, junto al sumario sobre las discípulas, notamos una parada didáctica en la cual se plantea la cuestión de la “escucha de la Palabra” (Lc 8,1-21).

Jesús forma a sus discípulos enseñándoles a “escuchar” la Palabra. El asunto no es solamente “qué” se oye sino “cómo” se oye, esto es, si se dan las condiciones para el aprendizaje efectivo de la Palabra: **“Mirad, pues, cómo oís; porque al que tenga se le dará, y al que no tenga, aún lo que crea tener se le quitará”** (Lc 8,18). La idea de fondo es que al que “tenga” capacidad de escucha, se le dará “crecimiento”.

Precisamente en el contexto, precediendo este pasaje, tenemos la explicación de la parábola del sembrador<sup>2</sup>, donde Lucas conecta la “escucha” de la Palabra con la “maduración”. En Lc 8,14 se describe el tercer tipo de oyentes en los cuales fracasa la semilla de la Palabra con la expresión: **“no llegan a la madurez”**. Y enseguida, en Lc

<sup>1</sup> Puesto que la Escritura es considerada, junto con “la Sagrada Tradición”, la regla suprema de la fe: “Es necesario... que toda la predicación eclesiástica, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura, y se rija por ella” (DV 21b: cfr. No.10b).

<sup>2</sup> Cfr. Lc 8,11-15.

8,15, aparece la otra cara de la moneda, la que describe las tres acciones del discípulo que madura en la fe por la fuerza vital de la Palabra:

- (1) “**Escucha**”,
- (2) “**Conserva la Palabra**” y
- (3) “**Da fruto**”.

Notamos un movimiento hacia dentro, de apropiación, y uno hacia fuera, de generación de vida, gracias a la acción fecundante de la Palabra. La Palabra tiene un dinamismo interno propio, al cual hay que atender cuidadosamente cuando se trata de la formación.

Además de la referencia explícita a la maduración, notamos también que Lucas refuerza la idea de que el arraigo de la Palabra sucede “**con corazón bueno y recto**”, es decir, desde el núcleo de la personalidad, donde se provocan las opciones vitales; y que la fructificación ocurre “**con perseverancia**”, es decir, con estabilidad, con constancia. Así, una fuerte experiencia de la Palabra apunta a la formación de la personalidad cristiana: darle estructura a la conversión, o dicho en positivo, darle cuerpo a la “vida nueva” y característica de un discípulo de Jesús, que en pocas palabras –nos lo dice también Lucas–, consiste en ser como Jesús (“**El discípulo bien formado será como su Maestro**”; Lc 6,40b).

Permítanme agregar todavía que este aspecto de la pedagogía de Jesús es pertinente porque desvela un problema que se presenta en la formación cristiana: la falta de perseverancia. Me permito distinguir:

(1) La falta de perseverancia “cuantitativa”. Es el caso doloroso de niños y jóvenes que pasan por los procesos de iniciación cristiana y después claudican, y más aún de grupos y comunidades que se abren por muchos lados pero después de cierto tiempo ya no están.

(2) La perseverancia “cualitativa”. Que es el caso de quien continuando en la Iglesia y en una práctica sacramental regular, percibe contradicciones internas entre su fe y la manera de conducir algunos aspectos de su vida.

Se puede hablar de perseverancia y, por lo tanto, de crecimiento continuo en la fe cuando la Palabra es asumida como valor que acompaña continuamente todas las situaciones de la vida e inspira el proceder según el querer de Dios cada vez que las circunstancias lo requieran. De ahí que el hilo conductor del proceso de la maduración cristiana es el arraigo de la Palabra, hasta hacerla principio de vida, “**luz que ilumina el caminar**” (cfr. Sl 119,105). Precisamente en esto consiste “escuchar”.

De este aprendizaje debe ocuparse la catequesis.

## **2. El aprendizaje de la “escucha”, a partir de la Dei Verbum (1965) y el Directorio general para la Catequesis (1997)**

### **2.1. La luz de la Dei Verbum**

Es interesante notar cómo la Constitución Dogmática *Dei Verbum*, al comienzo y al fin del documento traza un gran arco sobre la idea eje de la “escucha”: al principio presenta el Concilio como un ejercicio de escucha de la Palabra de Dios (“**El santo Concilio escuchando religiosamente la Palabra de Dios...**”; No.1) y al final, exponiendo la función de la Escritura en la vida de la Iglesia, citando a san Agustín, invita a la “**escucha interior**” de la Palabra (No.25<sup>a</sup>).

El dinamismo “escucha”/“respuesta” jalona toda experiencia de la Palabra. Éste se realiza en un ámbito dialogal: “**Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a su comunicación y**

**recibirlos en su compañía”** (DV 2). La Escritura no sólo acorta las distancias con el Trascendente sino que crea las condiciones de posibilidad para la profunda relación con él, es más, y como primer paso, nos permite auscultar con finura espiritual el corazón de Dios<sup>3</sup>.

Hoy reconocemos con mucha alegría que este horizonte relacional nos ha dado una nueva visión de la lectura de la Biblia: la Escritura es mediación que nos lleva al encuentro con el Dios vivo y edifica la comunidad. Así ejercemos nuestra más profunda vocación –que es la comunión con Dios– y hacemos la experiencia de la salvación. En última instancia, la Escritura siempre nos va llevando hacia una experiencia de Alianza viva, real y concreta con Dios, al interior de su Pueblo (cfr. No.4b). Como nos decía una vez en clase el inolvidable P. Luis Alonso Schökel: la Escritura siempre nos lleva a un matrimonio.

El Espíritu Santo ejerce un papel fundamental en esta experiencia de la Palabra, tanto en la vía de la comunicación del Dios hacia el hombre<sup>4</sup>, así como en la del hombre hacia Dios<sup>5</sup>. Llevándonos hacia la **“Verdad completa”** (Jn 16,13), todos los caminos de la Palabra nos conducen hacia Aquel que es Palabra encarnada que libera y salva, en quien culmina toda la revelación y en quien se realiza plenamente la historia de Amor-Alianza de Dios con su pueblo. Por esta razón, la “escucha” siempre se realiza en el Espíritu y con la mirada puesta en Jesús, plenitud de la revelación<sup>6</sup>.

Como bien lo señala la *Dei Verbum*, la Palabra interpela lo profundo del ser y suscita la respuesta voluntaria, libre y total<sup>7</sup>. En este sentido el ser cristiano se configura a partir de la respuesta a una vocación fundamental, es la respuesta de la fe que se va haciendo concreta en la respuesta cotidiana –salida de sí mismo hacia Dios y los otros– suscitada por la Palabra.

Un discípulo de Jesús se comprende entonces, tomando la imagen juánica, como un oyente constante del **“Buen Pastor”** a quien **“las ovejas le siguen porque escuchan su voz”** (Jn 10,4b), como uno que a cada momento está dando pasos sobre las huellas del Maestro, como uno que –por reconocer la **“voz”** del Resucitado en los caminos de la historia– sabe distinguir lo que es de lo que no es de él; así “escoge” según el Reino y rechaza proféticamente lo que no lo es<sup>8</sup>. En este ejercicio, hecho habitual, un discípulo de Jesús decide y lleva a cabo su proyecto de vida, apuntando hacia la plenitud que está en Dios, plenitud para cual fuimos creados y hacia la cual está llamada a encaminarse toda la historia<sup>9</sup>.

El discipulado se caracterizará entonces por el ejercicio del “discernimiento” cristiano y la “responsabilidad” en el mundo, a partir de la Palabra<sup>10</sup>.

## **2.2. El papel de la Catequesis en el aprendizaje de la “escucha”**

Aunque mencionada prácticamente de paso, la catequesis no fue olvidada por la Constitución Dogmática *Dei Verbum*<sup>11</sup>. La mención está en el contexto en el que se da un direccionamiento importante y de gran repercusión tanto para la afirmación de la

<sup>3</sup> Siempre me ha atraído la frase: “Estos libros expresan los sentimientos del Dios vivo” (DV 15).

<sup>4</sup> Cfr. DV 11.

<sup>5</sup> Cfr. DV 5.

<sup>6</sup> Ver la serie de afirmaciones cristológicas de DV 2 y 4 en torno a este tema.

<sup>7</sup> Cfr. DV 5.

<sup>8</sup> Cfr. la parábola de la red en Mt 13,47-40.

<sup>9</sup> La Palabra será entonces “como un espejo en que la Iglesia peregrina en la tierra contempla a Dios, de quien todo lo recibe, hasta que le sea concedido el verlo cara a cara, tal como es (cfr. 1 Jn 1,2)” (DV 7b).

<sup>10</sup> Es así como, en términos de la DV, se recibe la “verdad salvadora” y se “ordenan las costumbres” (DV 7<sup>a</sup>).

<sup>11</sup> Después de la célebre afirmación, “el estudio de la Sagrada Escritura ha de ser como el alma de la Sagrada Teología” (No.24), dijo que el ministerio de la Palabra, dentro del cual está la catequesis, “se nutre saludablemente y se vigoriza santamente con la misma palabra de la Escritura” (Ibidem).

centralidad de la Palabra en las pastorales<sup>12</sup>, pasando la pastoral bíblica de rama a savia del árbol<sup>13</sup>, así como –específicamente– para la acentuación de la catequesis como una forma del “Ministerio de la Palabra”.

La cuestión no paró ahí. Un punto alto de las relaciones entre Biblia y Catequesis, en estas cuatro décadas que han pasado después de la clausura del Concilio Vaticano II, se puede señalar en el relativamente reciente documento de la Congregación para el Clero, “Directorio General para la Catequesis” (DCG), del 25 de agosto de 1997<sup>14</sup>. Es digno de destaque el hecho que los grandes pincelazos que delinean la naturaleza de la catequesis en dicho documento<sup>15</sup>, se desprendan clara e intencionalmente de la doctrina sobre la revelación en la *Dei Verbum*<sup>16</sup>.

No sólo la Palabra de Dios aparece bellamente descrita como la “fuente viva” de la catequesis<sup>17</sup>, sino que en esa corriente la catequesis se comprende desde la visión evangélica del discipulado<sup>18</sup>, en otros términos, del “seguimiento” a partir de la escucha del Maestro.

La catequesis, por tanto, educa, busca formar al discípulo de Jesús, pero viene la pregunta: ¿qué tipo de discípulo?

En el contexto de nuestra sociedad global y postmoderna, donde el pluralismo de ideas, de proyectos políticos y de experiencias religiosas, le exigen un manifiesto de identidad a todo discípulo de Jesús, el referente a la Escritura se hace esencial para una fe viva, sólida y dinámica, como dice el Directorio: “**Quienes ya son discípulos de Cristo necesitan ser alimentados constantemente con la Palabra de Dios para crecer en la vida cristiana**” (DCG 50)<sup>19</sup>.

Por tanto el discípulo que se quiere formar es uno que hace la experiencia profunda de la Palabra: “**Que el hombre entero, en sus expresiones más profundas, se vea fecundado por la Palabra de Dios**” (DCG 69b). De esta manera la catequesis, según la bella expresión paulina<sup>20</sup>, “*forma*” a Cristo en el creyente; tiene como tarea: “**ayudar al discípulo de Jesucristo a transformar el hombre viejo, a asumir sus compromisos bautismales y a profesar la fe desde el ‘corazón’**” (Ibidem).

En la línea de lo que hemos venido exponiendo anteriormente, es la catequesis la que educa la fe “**en la escuela de la Palabra**” (DCG 70b), de manera que el discipulado se verifica a partir de dos criterios:

- (1) la respuesta constante de fe (DCG 71<sup>a</sup>), y
- (2) el ejercicio discernimiento de la realidad con criterio evangélico (DCG 71b).

<sup>12</sup> Si bien, sobre el lugar privilegiado de la Escritura en la vida de la Iglesia ya se venía expresando en el magisterio de la Iglesia: en el comienzo del decreto del Concilio de Trento (17 de julio de 1546), en la “Providentissimus Deus” y la “Divino afflante Spiritu”.

<sup>13</sup> Expresión feliz que le he escuchado varias veces al anterior secretario ejecutivo de la Febic-Lac en Bogotá, el P. Jesús A. Weissensee.

<sup>14</sup> Dentro de la corriente por el Concilio Vaticano II, venía madurando un nuevo pensamiento catequético que se fue asomando en el “Directorio Catequístico General” (1971), el “Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos” (1972), las Exhortaciones Apostólicas “Evangelii Nuntiandi” (1975) y “*Catechesi Tradendae*” (1979), el “Catecismo de la Iglesia Católica” (1992) y el amplio magisterio reciente de SS. Juan Pablo II.

<sup>15</sup> Que se distingue de otras formas del “ministerio de la Palabra” por ser “una inducción vital y orgánica en el misterio de Cristo” (DCG 69<sup>a</sup>). También: “La catequesis es esa forma particular del ministerio de la Palabra que hace madurar la conversión inicial hasta hacer de ella una viva, explícita y operativa confesión de fe” (DCG 82<sup>a</sup>).

<sup>16</sup> La primera parte de dicho documento “enraiza de forma más acentuada la catequesis en la Constitución conciliar *Dei Verbum*” (DCG No.8b; cfr. No.27).

<sup>17</sup> Cfr. DCG 94-95.

<sup>18</sup> Dice el DCG No.69b que la catequesis “es más que una enseñanza: es un aprendizaje de toda la vida cristiana... que propicia un auténtico seguimiento de Jesucristo, centrado en su persona”.

<sup>19</sup> En sintonía con EN 22 y 51-53.

<sup>20</sup> Cfr. Gl 4,19.

En fin...

Como podemos ver, en estos 40 años de postconcilio hemos llegado a un punto interesante: la catequesis educa en la recepción vital de la Palabra. La catequesis no “usa”, entonces la Biblia como una cantera de citas para fundamentar sus afirmaciones sino que trata de comprender los itinerarios de la Palabra, que siempre son itinerarios de fe. La catequesis no sólo prepara el terreno sino que acompaña las etapas de la siembra de la semilla fecundante de la Palabra en el corazón del discípulo y su comunidad, no sólo sugiere compromisos (lo que hay que “hacer”) sino que los hace brotar a partir de experiencias espirituales hondas, de manera que los compromisos son el fruto natural de que viene de dentro y no conjuntos de normas que a las que se adhiere externamente y, cuando menos se espera, se les puede desechar. La catequesis madura el corazón del discípulo, como se ha señalado en Lc 8,15, con el la cual hemos comenzado.

### 3. Perspectivas

Sin desconocer los otros aspectos del ejercicio de la catequesis, vale afirmar que un gran logro de este período postconciliar –que sigue siendo todavía una gran tarea– han sido las “escuelas de escucha de la Palabra”.

Esta realidad, gracias a Dios, ha sido destacada varias veces en este Congreso. Las escuelas de la Palabra se están multiplicando por todas partes mediante la “Lectio Divina” y, lo puedo afirmar desde la experiencia, la respuesta de la gente ha sido entusiasta y generosa. Se la realiza en grupos creados a propósito para ello, como también en medio de otras actividades pastorales. En el caso de América Latina hay que destacar la lectura comunitaria de la Biblia promovida a todos los niveles, sobre todo en ambientes populares.

La “Lectio” ha tenido mucha acogida en la vida consagrada y sacerdotal, sin duda entre los jóvenes y adultos, tanto a nivel personal, familiar y comunitario; ojalá también se le abran más espacios como punto de todo programa en las catequesis de iniciación cristiana, para que desde los primeros pasos les demos a nuestros niños y adolescentes, la “herramienta” que asegurará su perseverancia.

Un camino que se ha venido abriendo desde el Centro Bíblico del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), con la ayuda de numerosos agentes de pastoral, es la promoción –y al mismo tiempo la investigación, ya que existe en diversas modalidades en algunas partes- de la “Lectio” para niños. Estamos convencidos, tal vez como nos ha sucedido a muchos de los que estamos aquí, que la educación en la “escucha de la Palabra” debe darse desde los primeros y fundamentales pasos en la vida:

- Como lo hizo Elí con el pequeño Samuel (cfr. 1 Sm 3,1-10).
- Como lo hizo la abuela Loida y la mamá Eunice con el pequeño Timoteo (cfr. 2 Tm 3,14-15; 1,5).
- Como lo plantea el Salmo 119,9: **“¿Cómo guardará el joven puro su camino? Observando tu palabra”**.

Cuando se educa “en” la Palabra, para vivir “a partir” de la Palabra”, y en ello se persevera a lo largo de las etapas del camino cristiano y ministerial, el panorama cambia. Si la catequesis de iniciación y la permanente, la familiar y la comunitaria, y también la formación religiosa y sacerdotal, continúan por esta línea –contando con la libertad humana y, por tanto, con las respuestas imprevisibles– podremos ver impactos en los siguientes escenarios:

(1) La unificación de la vida: entre lo que se profesa de boca y lo que se hace en la práctica; entre la doctrina y la realidad.

- (2) La perseverancia, tanto cuantitativa como cualitativa, en el seguimiento de Jesús. Éste se mantiene vigente en la medida que hay escucha activa de la Palabra del Maestro, en el seno de su Iglesia y junto con la enseñanza de su Iglesia.
- (3) La “carácter” cristiano, o solidez interna del discípulo, en medio de una sociedad en cambio que suscita perplejidades, relativismo y cierta desorientación. Se aprende a vivir “en el Señor” en medio del mundo.
- (4) La profecía que, a partir del discernimiento, capta y anuncia el querer del Resucitado en los nuevos escenarios sociales y culturales de una historia que avanza.
- (5) Una manera de acoger el don de la Palabra escrita que supera el fundamentalismo.

Permítanme concluir con otra alusión a lo que está pasando en América Latina y el Caribe, a propósito del impacto de la *Dei Verbum*, particularmente en este tema de la formación para la “escucha de la Palabra” en función del crecimiento y la maduración cristiana. En estos 50 años del CELAM se han realizado ya cuatro Conferencias Generales –en Río de Janeiro (1955), en Puebla (1979), en Santo Domingo (1992)–, en las cuales el tema de la catequesis siempre ha aparecido, cada vez con nuevos matices. Nos estamos preparando ahora para la V Conferencia General, quizás en el 2007, con el tema **“Discípulos y misioneros de Jesucristo para que todos en él tengan vida”** y con el lema bíblico de Juan 14,6: **“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”**.

Si bien el marco bíblico nunca ha faltado, mucho más si se trata de “evangelización”, esta es la primera vez que una Conferencia General tiene como horizonte particular el tema bíblico del discipulado.

La preocupación por la formación, por la solidez de personas y comunidades, por la identidad en un mundo pluralista y el compromiso real por la vida, encuentra respuesta en los itinerarios bíblicos, comenzando por la pedagogía de Jesús en los evangelios. Un nuevo impulso para la relación entre Biblia y Catequesis se va a dar por esta vía, profundizando en los aspectos teóricos y sobre todo generando caminos creativos.

El hecho es maravilloso, ¡una Iglesia que es maestra también sabe colocarse en el lugar de los discípulos! Una Iglesia que está conciente del tesoro que se le ha confiado pero que no pierde su humildad y sencillez para buscar, junto con todos, los caminos del Resucitado para esta etapa de la historia. Justamente así comenzó la *Dei Verbum*: ¡Una Iglesia que sabe escuchar!

Ahí se redescubre de manera fascinante la fuerza para seguir realizando el mandato misionero de Jesús. Esto es ponerse “a la escucha de la Palabra”, con una gran sensibilidad espiritual y con valentía profética, en el hoy de la historia que nos ha tocado vivir.